



Enfermeros sensibles en la Residencia de ancianos

Soportar la impotencia ante el final de la vida

Muerte significa pérdida y pérdida definitiva, irrecuperable. Pero nosotros no queremos perder nada de lo que es importante. Quien trabaja en la atención de ancianos, sabe lo importantes que pueden llegar a ser para nosotros las personas con las que diariamente por nuestro trabajo tenemos que tratar. Nos aproximamos más unas a otras por medio de las conversaciones, de la atención a los residentes, de los cuidados y del acompañamiento. Nos basamos en la confianza, participamos en los acontecimientos familiares, aprendemos mutuamente a conocer nuestras ventajas y desventajas, de alguna manera pertenecemos a un mismo grupo.

Aunque la muerte pertenece al transcurso de la vida tanto como el nacimiento, nos afecta el momento en que un residente fallece, continuamente y de forma muy especial, pues la muerte es tan individual como la vida y también corresponde a lo individual el acompañamiento para la muerte y para el poder-abandonarse.

En los últimos años han cambiado mucho los residentes de las Residencias de ancianos y de las de asistidos. En su mayoría, entran personas que están enfermas de gravedad y que necesitan cuidados intensivos. Repetidas veces, son residentes, de los que sabemos con certeza que sólo pasarán con nosotros las últimas semanas o meses de su vida. Además no siempre se trata de personas mayores. Para hacer

justicia a estos residentes, tenemos que garantizarles junto a una intachable atención profesional también un acompañamiento especialmente intenso, afectuoso y lleno de estima.

**“Usted es importante,
precisamente porque es usted.
Usted es importante hasta el último instante de su vida.
Nosotros lo haremos todo,
para que usted no sólo muera en paz,
sino también para que pueda vivir hasta lo último.”**

Estas palabras de una enfermera de Inglaterra significan que el acompañamiento para la muerte es verdaderamente una ayuda para la vida. Por supuesto que nosotros no podemos retardar la muerte. Pero como enfermeros podemos hacer todo lo que esté en nuestra mano para tratar al moribundo hasta su último aliento de forma amorosa y llena de estima. Por consiguiente, así no estamos “sin poder” frente a la muerte.

El acompañamiento para la muerte en una residencia no corresponde sencillamente al orden del día sino que representa una situación muy especial, una situación excepcional, que tiene que ser integrada en el volumen de trabajo de la asistencia a domicilio o de los asistidos en una residencia y que exige prioridad absoluta. ¿Cómo sufrimos esta confrontación directa con la fragilidad humana, con la enfermedad y con la muerte, que exige mucho de la profesionalidad del enfermero?

La condición previa es un buen equipo. Tenemos que confiar unos en otros y poder hablar de forma abierta entre nosotros. Tenemos que atrevernos a hablar de nuestra imposibilidad de ayuda, que experimentamos cuando vemos como un residente se agarra desesperadamente a la vida hasta el último aliento o cuando tiene que morir alguien que ha luchado intensa y valientemente contra su enfermedad,

Es importante que aprendamos a poder sufrir esta impotencia. Para ello se necesitan conversaciones, intercambios entre compañeros, mutua estima y confianza. Sólo si

los cuidadores se entienden con el tema de la muerte, se puede garantizar un buen acompañamiento para la muerte. El acompañante tiene que conocer esta temática porque por medio de ella puede dar al moribundo seguridad y él mismo pueda reunir experiencias importantes.

**“Deja que mi muerte
sea tu premio.**

**En adelante vive tu vida
más conscientemente.**

**Será más hermosa, más madura y más profunda
de lo que era antes, antes de mi última hora
que es mi primera hora.”**

(De “De la mano de otro modo de morir” – Sociedad internacional del acompañamiento para la muerte y de la asistencia para vivir.)

Gracias al acompañamiento para la muerte obtenemos otra referencia para la propia vida. Aprendemos a valorar cosas que antes habíamos considerado como naturales o aprendemos a alegrarnos con nimiedades, a las que antes apenas habíamos prestado atención.

Pero algunas veces un residente es arrancado muy de repente de nuestro lado por la muerte. No queda ningún tiempo para despedirse. Aquí se hace especialmente difícil “abandonarse”. Quizás todavía habría habido tanto que decirse que ahora ya no es posible. Aún cuando sepamos que un residente puede morir acompañado en su entorno familiar con el cariño de los suyos y de los asistentes sanitarios, toda despedida duele y eso también es bueno.

Marianne Adam

Vicedirectora del servicio de asistencia

Marienheim Straubing

Revista “Misericordia” – Mayo 2009

Hnos. de San Juan de Dios de Baviera



Residencia de Ancianos Marienheim en Straubing.

Hnos. de San Juan de Dios. Baviera

Primeras imágenes:

“Semana por la vida, 2009”

www.woche-fuer-das-leben.de

www.barmherzige.de

www.vacarparacon-siderar.es